

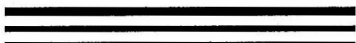
Guadalupe Loaeza

Sin cuenta

Prólogo de
Lorenzo Meyer

PLAZA & JANÉS

PRÓLOGO



LORENZO MEYER

Querida Sofía:

He leído el medio centenar de entregas de este muy personal registro, casi íntimo, del estado que guarda lo que, de manera no muy exacta, se denomina “la cosa pública”. Comparto el ánimo que inspiró estas líneas; me es fácil identificarme con el sentimiento de agravio que destila el conjunto de *Sin cuenta*. El tiempo mexicano de este fin de siglo no es, ni de lejos, uno de celebración, sino de reflexión sobre las fallas y de acción para superarlas antes de que lleguemos a la solución catastrófica.

Cada uno somos, en parte, lo que es el conjunto del que formamos parte, la comunidad a la que pertenecemos. Justamente por ello, lo que la colectividad gane o pierda en términos materiales o morales será también una adición o una sustracción que se hace a cada uno de nosotros. Una buena parte de los mexicanos agraviados, en realidad muchos, parecen haber sido rebasados por la magnitud de los acontecimientos —una crisis económica profunda y en

aparición interminable, fraudes, autoritarismo, corrupción, inseguridad, levantamientos— y reaccionan ante éstos con resignación e indiferencia; sin embargo, hay otros que no se resignan y se proponen, cuando menos, dejar constancia de que frente a la arbitrariedad del poder, hubo quien no aceptó, quien no se resignó, y ése es precisamente tu caso. ¡Es una buena actitud para inaugurar los siguientes cincuenta!

Como se sabe, Sofía, la guerra es algo muy serio como para dejarlo sólo en manos de los generales; pues bien, lo mismo se puede decir en torno al análisis del acontecer político: sus consecuencias son demasiado importantes como para dejarlo exclusivamente en manos de los politólogos. La reflexión sobre el fenómeno político —el poder— no puede ni debe ser monopolio de nadie, todos tenemos tanto el derecho como la obligación de observar, reflexionar, formular juicios sobre el poder y quienes lo ejercen y, finalmente, actuar en consecuencia. Como tú bien lo sabes —y señalas—, por buenas y malas razones, y en grados diferentes, todos nos vemos afectados por las decisiones políticas, tanto “las señoras de Polanco” como las comunidades indígenas de Chiapas. En estas cincuenta reflexiones que aquí nos ofreces, y sin pretender ser especialista en el tema pero haciendo pleno uso de tu derecho al juicio de lo político, te enfrentas a la ardua tarea de conocer y juzgar, por sus frutos, a uno de los sistemas autoritarios vigentes más viejos del mundo: el mexicano. Y lo haces utilizando como instrumentos la observación madura de tu entorno inmediato, la información, la buena pluma, la sensibilidad, el sentido del humor, la ironía y, finalmente, el sentido entre lo bueno y lo malo. Es así, directamente, con base en los hechos concretos tal y como

son vistos y vividos por y desde la clase media urbana, que logras una descripción y un buen juicio sobre la textura de la vida política en este caótico y castigado fin de siglo mexicano.

Muchos pueden no tener conciencia de ello, pero como bien insisten en decirlo de varias maneras, el ejercicio del poder, es algo que nos atañe a todos, si no por otra cosa, al menos por sus consecuencias. Aquí viene al caso esa acertada definición que en 1936 hiciera un politólogo estadounidense notable, Harold D. Lasswell: “política significa quién obtiene qué, cómo y cuándo”. Esta definición viene bien al caso para insistir en que el ejercicio del poder es un asunto que toca a todos y sobre el que todos deberían estar muy conscientes, pues son decisiones políticas las que directamente determinan los impuestos que pagamos, los subsidios que abierta o indirectamente reciben unos y se niegan a otros; es igualmente la política la que determina la calidad y la actitud no sólo del presidente o el gobernador, sino de algo más cotidiano para cada uno de nosotros: la del empleado público que nos atiende en la ventanilla, del policía, del juez o del médico. En fin, y como tú lo señalas, también son decisiones políticas las que abren o cierran empresas y empleos, las que aumentan o disminuyen las posibilidades de movilidad social, las que ensanchan o limitan la independencia del país frente al exterior, etcétera. Finalmente, y eso es quizá lo más importante: la calidad de la política es expresión de la moral, de la ética colectiva.

Por la misma razón de que todos somos objeto de la política, también todos hacemos política, pues incluso aquellos que consciente o inconscientemente deciden ignorar la esfera del poder público y olvidarse por entero de

esa parte de la realidad hacen política, pero la hacen de la peor manera: convalidando el *statu quo*, permitiendo que otros decidan por ellos, negándose a ser ciudadanos y conformándose con vivir como simples súbditos. Es aquí, querida Sofía, donde la actitud y el quehacer de personas como tú adquieren su sentido pleno. Por la forma de abordar tus temas —desde la perspectiva de una mujer de clase media consciente de su posición y de su responsabilidad en una sociedad de mayoría pobre, subdesarrollada— te has convertido en un acicate que está forzando a ciertos miembros de la clase media urbana, y con base en argumentos enteramente comprensibles, a abandonar su tradicional conformismo y complicidad con la clase política autoritaria, para asumir la responsabilidad a que le obliga el privilegio de su condición social: convertirse en elementos socialmente activos, demandantes del cambio que requiere un país conducido desde hace tiempo de manera egoísta, irresponsable y corrupta, al punto de haber trastocado eso que se conoce como el interés nacional,

Estas cincuenta misivas que constituyen *Sin cuenta* son, en buena parte, mensajes dirigidos a ti misma, Sofía, medio centenar de pequeños ensayos políticos que buscan forzar a “los grandes temas” del poder a bajar de las alturas al nivel donde deben estar: ése donde supuestamente reside la soberanía, es decir, el del ciudadano normal. Es éste un esfuerzo por llenar el espacio que no puede —y a veces no quiere— abarcar el análisis más especializado, dirigido básicamente a la minoría, a los especialistas. En efecto, el estudio del poder por la vía académica —la ciencia política— es un enfoque indispensable, necesario pero insuficiente, de lo político. Y esa insuficiencia proviene menos de la actitud elitista de la comunidad de “politólogos” y

más de un hecho no personal, sino estructural: la enorme dificultad, por no decir imposibilidad, de definir los conceptos que se emplean en el análisis político a la manera de las ciencias exactas o naturales. Todas las teorías sociales son imperfectas, y sus descripciones y predicciones resultan fatalmente deficientes. La política, ya sea como práctica o como objeto de estudio, sólo parcialmente es una ciencia, el resto es un oficio, un arte y una ética. Y justamente porque los fenómenos del poder no se pueden reducir a conceptos, teorías y números, es que tu actitud y actividad adquieren sentido. Con gran vitalidad y poniendo a buen empleo la curiosidad, la intuición, la observación aguda, la introspección y un sentido moral de la vida —la capacidad y la voluntad de distinguir lo bueno de lo malo—, se pueden hacer interpretaciones de la realidad política que no sustituyen pero sí complementan el análisis académico y profesional del fenómeno.

En su esencia, la política es y debe de ser juzgada como una actividad moral. Es evidente, querida Sofía, que detrás de toda autoridad está la fuerza, la violencia, pero ¿con qué derecho unos hombres —siempre los menos— dominan a otros —los más— y les imponen su voluntad? Tu respuesta a esa vieja pregunta es clara y es eco de otras similares que se han dado a lo largo de los siglos: el único fundamento ético para ejercer la autoridad sobre los semejantes es la legitimidad de quien la ejerce. Desafortunadamente, y como bien lo muestras en ejemplo tras ejemplo extraído de nuestra realidad cotidiana, la legitimidad del poder en México es lo que hoy está en entredicho, por no decir que ha dejado de existir. Es verdad que a veces a nuestros poderosos les falta no sólo legitimidad, sino inteligencia, pero no es ése su problema principal, pues en muchas ocasiones

parecieran tener inteligencia en exceso. Pero entonces se trata de una inteligencia maquiavélica, guiada por una idea de ganar y ejercer el poder por el poder mismo, por la obsesión de imponerse sobre los otros y, sobre todo, por la voluntad de acumular privilegios y riquezas sin cuento a costa de sacrificar eso que se conoce como el "interés general"; es justamente por ello que los responsables políticos mexicanos y el sistema que construyeron a partir de la Revolución Mexicana ya se gastaron la legitimidad que alguna vez tuvieron.

Al principio, justamente cuando Carlos Salinas dejó la presidencia en manos de Ernesto Zedillo, tú, Sofía, te mostraste optimista, incluso entusiasmada, con el tono y el contenido del discurso del nuevo mandatario, pero pronto, muy pronto, esas ganas de creer se fueron desvaneciendo. Y no fue sólo por los resultados del tristemente célebre "error de diciembre", sino por muchas cosas más: por la corrupción que no amaina, por la impunidad de esas quinaesencias del PRI que son Roberto Madrazo en Tabasco, Manuel Bartlett en Puebla o Rubén Figueroa en Guerrero, pero sobre todo el *teacher* Carlos Hank González, Carlos Salinas o José Córdoba; por la grisura de la figura presidencial, por la impotencia del país frente a Estados Unidos, etcétera. En fin, creo, como tú, que la respuesta de fondo a nuestra difícil situación no está ya en el presidente —no supo hacer de una necesidad, la crisis, una virtud— y que los partidos no han logrado estar a la altura de las circunstancias. Pero no podemos simplemente darnos por derrotados y abandonar la arena —de esta arena mexicana no se puede salir— y hay que encontrar respuesta. Por lo que concluyo que no queda otro lugar donde buscar la salida que en cualquier parte menos dentro de una clase política

que, aunque permanece en el poder, históricamente ya fracasó. Y ese lugar a donde hay que volver los ojos no es otro que la propia sociedad mexicana. Y dentro de esa sociedad, a la clase media que tan bien conoces, mi querida Sofía, y que ya sintió en carne propia el alto costo económico y moral de tolerar el autoritarismo.

Lorenzo Meyer